

tivos y arias, con su inevitable sucesión de acelerones y frenazos en el desarrollo de la acción dramática y por el uso y el abuso del aria da capo encontramos en Vivaldi al autor de música eclesiástica. Distanciado —a pesar de que su padre era violinista de la orquesta— de la música de San Marcos, acaso demasiado oficial y rígida para lo que su personalidad arrebatada podía admitir, y cuya titularidad como maestro de capilla había recaído en el mediocre Antonio Biffi, que iba a ocupar este cargo durante casi toda la vida adulta de Vivaldi, nuestro músico encontró ocasión de componer música religiosa para su Ospedale della Pietà, incluso asumiendo por cuenta propia las obligaciones de los *maestri de cori* que no le correspondían. La música religiosa de Vivaldi, que en ocasiones es magistral y dotada de sincera emoción —como en el caso del maravilloso *Stabat Mater*, para con-

tralto y cuerda— está, al uso de la época, influenciada en alto grado por el mundo de la ópera y del concierto. Su relativa religiosidad parece perseguir antes la espectacularidad, la brillantez capaz de dejar boquiabiertos a los visitantes extranjeros, que la expresión de un sentimiento estrictamente religioso. La religiosidad de Vivaldi y de la Venecia dieciochesca no eran demasiado ajenas a las cosas de este mundo, ni se sentían en modo alguno incompatibles con la suntuosidad pomposa de los rasos carmeses, ni con la solemne escenografía de la más espectacular de las liturgias, de la que la música era ciertamente ingrediente imprescindible: de otro modo el templo habría desmerecido en exceso de la inevitable confrontación con el teatro, donde los tramoyistas eran capaces de cambiar trece veces de decorado en una sola representación y de conseguir prodigios con sus «machines for

flying in the ayre», como testimonia el viajero inglés John Evelyn.

La vocación sacerdotal de Vivaldi parece, por lo que sabemos, haber sido algo tibia: él mismo reconocía no haber dicho misa tras su ordenación más que «durante un año o poco más», arguyendo en su descargo una *strettezza di petto* que no le había de impedir sin embargo dirigir conciertos, tocar con desenfreno el violín, realizar numerosos viajes o mantener relaciones con una cantante. Es el conde Orloff el que ha relatado la célebre y no inverosímil anécdota según la cual el cura pelirrojo había abandonado la misa para anotar en la sacristía un sujeto de fuga que le rondaba la cabeza. Carlo Goldoni, que nos ha dejado el retrato más vivo, aunque algo caricaturesco, de nuestro músico, nos lo pinta «rodeado de música y con el breviario en la mano», haciendo un alarde de fingida beatería.

A pesar de la importancia y volumen de la música religiosa y más aún de la música teatral de Vivaldi, donde indudablemente encontramos al músico genial, al colosal innovador, es en el terreno de la música instrumental, especialmente en el campo del concierto, más que en el de la sonata, donde el magistral antecedente de Corelli no consigue ser superado.

Música audaz y exigente

Es curioso que se haya criticado a Vivaldi aquello que lo hace más innovador y original.

